

**El Espí  
ritu del  
H i j o  
ora en  
n o s o  
t r o s**

La oración litúrgica de la Iglesia, siguiendo en esto el uso casi sin excepción de S. Pablo (1) se dirige a Dios Padre, a través del

“único mediador entre Dios y los hombres: Jesucristo, hombre” (1 Tim 2,5).

En este esquema: al Padre, por Jesucristo, ¿qué puesto tiene el Espíritu Santo?, ¿queda al margen de esta fórmula, que es la más propiamente cristiana?

No. El Espíritu está en el fondo de esta oración. Si podemos dirigirnos a Dios como Padre es porque hemos recibido el “Espíritu de hijos adoptivos” (Rom 8,15). El que nos hace pedir por Cristo (=en su nombre) es precisamente el Espíritu de adopción que nos hace hijos en el Hijo.

Para ser hijos de Dios necesitamos nacer de nuevo. Pero ese nacimiento resulta imposible, si no es por el Espíritu. Lo expresa y lo repite, en su estilo cíclico, el evangelio de S. Juan.

“Jesús respondió (a Nicodemo):  
“En verdad, en verdad te digo:  
*quien no nazca de agua y Espíritu,*  
no puede entrar en el reino de Dios. Lo que ha nacido de la carne, carne es; *lo que ha nacido del Espíritu,* espíritu es. No te extrañes que te diga: conviene *nacer de arriba.* El viento sopla donde quiere, y tú oyes su ruido, pero no sabes de dónde viene y a dónde va.

---

(\*) Estas líneas están inspiradas en *Vocabulario de Teología*, X. Léon-Dufour, «Oración», V, 2 d) Oración en el Espíritu del Hijo.

Así es todo el que ha nacido del Espíritu." (Jn 3, 5-8) (2).

Pero cuando hemos recibido el Espíritu, entonces podemos exclamar con el mismo S. Juan :

"Ved qué amor tan grande nos ha concedido el Padre : ¡que nos llamemos hijos de Dios, y lo seamos!... Queridísimos, ahora somos hijos de Dios (1 Jn 3, 1-2).

Lo mismo nos dice S. Pablo :

"En efecto, todos los que están animados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. Y vosotros no habéis recibido un espíritu de esclavos para volver a caer en el temor, sino un Espíritu de hijos adoptivos, que nos hace clamar : "¡Abba, Padre!". Y el mismo Espíritu da testimonio, junto con nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Pero si somos hijos, también somos herederos, herederos de Dios y coherederos de Cristo, pues sufrimos con El para ser glorificados con El". (Rom 8, 14-17).

Y ya antes, en la carta a los Gálatas, había expresado la misma idea :

Pero, cuando vino la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo... con el fin de rescatar a los que estaban bajo la ley, con el fin de conferirnos la adopción filial. Y la prueba de que sois hijos, es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama : "¡Abba, Padre!". Así que ya no eres siervo, sino hijo. Y si eres hijo, también heredero por Dios" (Gál 4,4-7) (3).

No se trata, pues, de una simple actitud filial, sino de un verdadero ser de hijo, que subyace a nuestra oración.

Siendo hijos de Dios por el Espíritu, no nos puede extrañar que en nuestra oración nos dirijamos a Dios llamándole "Padre". Y esto bajo la fórmula familiar "Abba", equivalente a "papá", término que los judíos reservaban para sus padres terrenales y no empleaban para el Padre del cielo. El Espíritu que "hemos recibido", que "Dios ha enviado a nuestros corazones", que es "el Espíritu de su Hijo", clama dentro de nosotros "¡Abba, Padre!" (Textos citados Rom 8,15 y Gál 4,6). Exactamente las mismas palabras que Cristo usó en la oración del huerto :

"Y decía : "¡Abba, Padre!" : todo te es posible..." (Mc 14,36).

Y no es sólo mera coincidencia en las palabras. El primer mártir cristiano después de Cristo, Esteban, "lleno

---

(1) Las excepciones serían: 2Cor 12,8 : «Con motivo de esto rogué tres veces al Señor (=Cristo)» y Ef 5,19b : «cantad y celebrad al Señor (=Cristo)»; pero este último texto es paralelo de Col 3, 16b : «Cantando con agradecimiento a Dios (=Padre)».

(2) Nótese los diversos matices con que expresa, como en varias pinceladas, una misma realidad: «nacer de agua y Espíritu» «nacer del Espíritu» y «nacer de arriba»; y las consecuencias de ese nacimiento: «entrar en el reino de Dios» y «ser espíritu», que es lo mismo que S. Pablo y también S. Juan en su primera carta llaman «ser hijos de Dios».

---

(3) Como se ve, hemos optado por el sentido explicativo del célebre «óti» del v. 6. Lo creemos más probable por el paralelo con Rom 8,14-17, y por el contexto, en el que se quiere probar la realidad de nuestra filiación divina.

del Espíritu Santo" (Hech 7,55), tiene las mismas reacciones que su Maestro ante la muerte :

"Y Jesús decía : "Padre, *perdónales, porque no saben lo que hacen*" (Lc 23,34).

"Y puesto de rodillas, (Esteban) gritó con voz fuerte : "Señor, *no les imputes este pecado*"". (Hech 7,60).

"Y Jesús, dando una gran voz dijo : "*Padre, en tus manos entrego mi espíritu*"". (Lc. 23,46).

"Y apedrearón a Esteban, mientras él oraba y decía : "*Señor Jesús, recibe mi espíritu*"". (Hech 7,59).

Notemos que es el mismo escritor, Lucas, el que nos relata las dos escenas, llevando el paralelismo hasta las palabras finales :

Y dicho esto, expiró (Jesús)", (Lc 23,46).

"Y dicho esto, se durmió (Esteban)" (Hech 7,60).

Una misma es también la actitud de Cristo ante la Pasión inminente, y la de los cristianos de Cesarea que rodean a Pablo. Agabo le ha profetizado que los judíos lo prenderán y lo entregarán a los paganos cuando suba a Jerusalén. Intentan disuadirle de esa ida de Cesarea a Jerusalén. Pero

"como no se dejaba convencer, desistimos diciendo : "*Hágase la voluntad del Señor*" (Hech 21,13).

Jesús, por su parte, había dicho :

"Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz, *pero no se haga mi voluntad, sino la tuya*" (Lc 22,42 y lugares paralelos : Mt 26,39; Mc 14,36).

A pesar de ser hijos de Dios, nuestra oración se nos hace difícil con frecuencia, bien por nuestras culpas o por la flaqueza de la naturaleza. Pues bien,

"el Espíritu acude en ayuda de nuestra debilidad, porque *nosotros no sabemos cómo pedir para orar como conviene; pero el Espíritu en persona intercede por nosotros con gemidos inefables*. Y el que sondea los corazones (=Dios Padre) sabe cuáles son *las aspiraciones del Espíritu*, que intercede por los santos conforme a Dios" (Rom 8,26-27).

La obra que el Espíritu Santo realiza en el alma de cada cristiano, la realiza también en la Iglesia universal. (Más bien habría que expresar esta verdad de modo inverso : lo que es verdadero en la Iglesia a gran escala, sucede en menores dimensiones en cada miembro del Cuerpo de Cristo). Así nos lo dice el final del Apocalipsis. La Esposa, la Iglesia, movida por el Espíritu expresa en la oración su máximo anhelo : la venida gloriosa y definitiva de Cristo.

"El Espíritu y la Esposa dicen :  
¡Ven! (Apoc 22,17).

Ese grito debe tener un eco en cada cristiano :

"Y el que oiga, diga ¡Ven! (Apoc 22, 17).

Tan excelente oración, salida conjuntamente del Espíritu de Cristo y de la Esposa de Cristo, tiene acogida segura. Jesucristo responde :

"Dice el que da fe de estas cosas :  
"Sí. Vengo pronto" (Apoc 22, 20)".